Revista "Análisis", de la Acad. de Humanismo Científico
Agosto 1982, # 48

COLUMNA

EL HABITO NO HACE AL MONJE

Hernán Neira

La historia de la pedagogía en Chile es larga y no carece de nombres que la hacen digna. Y no se crea que sólo en la universidad. Gabriela Mistral (quien jamás pasó por ella) nos dio un premio Nobel y nunca estuvo arrepentida de ser una maestra provinciana que enseñaba a estudiantes de provincia. Por otra parte, basta recordar que el fundador y primer rector de la Universidad de Chile fue Andrés Bello. Desde entonces, las autoridades de la educación estuvieron, casi siempre, a la altura de su misión. Incluso en los difíciles momentos de la Reforma. En la Católica, clasista, clerical y todo, ganaba las elecciones de rector el humanista y arquitecto Fernando Castillo frente a los académicos Ricardo Krebs y Juan de Dios Vial.

Sin duda no es casualidad. La enseñanza no es asunto que se improvise por decreto ni se adquiera por el solo privilegio de sentarse en la ancha silla del rector o catedrático. Tampoco el aprender, que es algo muy distinto al mero ir a clases para someterse a la repetición de algún discurso o alguna suerte de adiestramiento estimulado por las notas.

Maestros y estudiantes constituyen algo muy diferente a un conjunto de personas que asisten por obligación a la universidad. Un alumno nunca llega a convertirse en estudiante por el mero hecho de que su nombre aparezca cada semestre en el computador. También se reconoce siempre al auténtico maestro, por su capacidad, vocación, compromiso y honestidad hacia la disciplina que ejerce y a la comunidad social en que se encuentra. Son ellos, particularmente maestros y estudiantes, quienes, junto a un adecuado cuerpo administrativo, hacen digna de llamarse pedagogía a la enseñanza superior. De ahí el error de toda pedagogía aristocratizante que hace del co-

nocimiento un lujo aséptico para ser administrado o exhibido en clases magistrales, igual que piezas de museo; o de aquel adiestramiento conductista similar al que se utiliza con los irracionales y destinado a adquirir una habilidad profesional.

Educar es otra cosa. Es mostrar -no imponer- el mundo sin prejuicios para que cada uno elija los caminos y posibilidades por los que ha de conducir su persona y libertad. Uno de esos caminos es la vocación por el saber. Del saber sin apellidos. Buen ejemplo de esto era la cátedra sobre el siglo de Pericles que, hace veinte años, dictaba el rector Juan Gómez Millas en la Universidad de Chile. Entonces, decenas de estudiantes se peleaban cada semana por tener un hueco para oirle. La sala estaba siempre llena y el rector jamás impuso asistencia obligatoria.

Hoy, en cambio, entristece caminar por nuestras aulas; cansadas, frías y sin vida. Reina el desconcierto y la confusión deliberada sobre el sentido y el valor de la cultura. Reinan autoridades extrañas, a veces, verdaderos paracaidistas arrojados por un viento malo sobre la universidad, auténticos lectores de best-sellers ocupando un puesto de Rector. Reinan profesores y un sinnúmero de alumnos, pero escasean maestros y estudiantes. Reinan, como diría Nietzsche, las instituciones para las "necesidades de la vida". Y no son malas por ser tales, sino porque ni siquiera cumplen su propósito. Pero, apena ver que no se encuentra algo que pudiéramos llamar "ilustración" y, menos, "formación". Porque veo todo ello y veo mucho más. Veo las palabras de Nietzsche como un presagio al afirmar: "tal fue la fatalidad de esos estudiantes esclarecidos: no encontraron los caudillos que habían menester. Poco a poco cundieron en sus filas la vacilación, la discordia y el descontento; muy pronto penosas torpezas revelaron que faltaba entre ellos el genio tutelar... Carecían de caudillo y por eso sucumbieron".

No nos engañemos. El hábito no hace al monje y menos a la universidad.■